

misterio para mí. No acepto nunca más que lo que puedo comprender; no comprendo, y en consecuencia rehusó.

Y retrocediendo un paso, hizo señá al monje de que se levantara.

— Basta, Domingo, continuó; ahórrame el discutir, y pasemos las únicas horas que nos restan sobre la tierra lo más dulcemente que podamos.

Domingo lanzó un suspiro: sabía que una vez pronunciadas por su padre aquellas palabras, nada había que esperar.

Y sin embargo, al levantarse, ignoraba por qué medio podría obtener del hombre inflexible que llamaba su padre, el que cambiara de resolución.

## CAPÍTULO VII

### LA IDEA Y EL HOMBRE.

Mr. Sarranti señaló á Domingo un taburete; dió algunas vueltas agitado por el estrecho calabozo, y trayendo otro taburete junto al de su hijo, se sentó en él; meditó por algunos momentos, y habló así á su hijo, que le escuchó con la cabeza baja y el corazón angustiado:

— Hijo mío, con el pesar de separarnos, quedame en el momento de morir una especie de remordimiento ó de temor de haber empleado mal mi vida.

— ¡ Oh! ¡ padre mío! exclamó Domingo alzando la cabeza y tratando de coger sus manos, que aquél retiró, menos por un movimiento de frialdad, que por no dar á su hijo una especie de poder magnético sobre él

Mr. Sarranti replicó:

— Escucha bien, Domingo, y júzgame.

— ¡ Padre mío!

— Júzgame, repito. Á tu parecer, porque me complazco en decirlo, eres un hombre de alta moralidad; ¿ he empleado bien ó mal la inteligencia que Dios me había dado para ser útil á los demás? Á veces dudo, y me parece que esta inteligencia para nada les ha servido. Una cosa es concurrir en cuanto á cada uno le es posible á la obra de la civilización, que unós y otros estamos obligados á hacer progresar: otra es consagrar su vida á una sola idea, ó un solo hombre, por más grande que este hombre sea.

— ¡ Oh, noble padre mío! exclamó Domingo alzando la cabeza y fijando en su padre una intensa mirada.

— Escúchame, insistió el prisionero. Tengo, como te decía, momentos de duda, en que temo haberme extraviado del buen camino. Á punto de dejar el mundo, hago mi examen de conciencia, y tengo un placer en hacerlo aquí en alta voz y delante de ti. ¿ Crees, Domingo, que esta energía que en mí existía, pudo haber sido mejor empleada? ¿ He hecho el mejor uso que podía hacer de las facultades con que Dios me había dotado, y habiéndome propuesto una obra, la he cumplido y desempeñado bien?

Respóndeme, Domingo.

Por segunda vez, Domingo se arrojó delante de su padre.

— Padre mío, le dijo, no conozco bajo el cielo un hombre que más leal y más generosamente haya agotado sus fuerzas en el servicio de una causa que le parecía justa y buena, como vos lo habéis hecho. No conozco probidad más alta que vuestra probidad, ni abnegación más desinteresada que vuestra abnegación. Sí, mi noble padre, habé s

cumplido vuestra tarea desde el punto de vista que os la habíais impuesto, y el calabozo en que ahora nos hallamos es el testimonio material de vuestra grandeza de alma y de vuestra sublime abnegación.

— Gracias, Domingo, respondió Mr. Sarranti; si alguna cosa me puede consolar al morir, es el pensar que mi hijo puede enorgullecerse con mi vida. Te dejaré pues, mi solo y único hijo, sin remordimiento, ya que no sin pesar. Y sin embargo, yo tenía todavía fuerzas que consagrar al servicio de mi patria: estaba apenas, así al menos me lo parece hoy, á la mitad de mi obra, y creía entrever, en un porvenir obscuro, pero que sin embargo me sería posible aun alcanzar, alguna cosa como la libertad de mi país, y quién sabe, acaso á consecuencia de esta libertad, la libertad también de las naciones.

— Padre mío, exclamó Domingo, no perdáis de vista, os lo suplico, ese punto luminoso, porque es la columna de fuego que debe conducir á Francia á la tierra prometida. Padre mío, escuchadme, y que Dios hable y persuada por boca del más humilde de sus ministros.

Mr. Sarranti pasó la mano por su frente como para apartar de ella las nubes materiales que podían oscurecer su entendimiento é impedir que la palabra de su hijo llegase hasta su espíritu.

— Escuchadme, padre mío; habéis, con sólo una palabra, iluminado en un momento la cuestión social á la que los hombres generosos, sean quienes quieran, han consagrado su vida. Habéis dicho: *El hombre y la idea*.

Mr. Sarranti, fijos los ojos en Domingo, hizo un signo afirmativo con la cabeza.

— ¡ *El hombre y la idea!* todo se encierra aquí, padre mío. El hombre en su orgullo cree ser el dueño de la idea,

cuando por el contrario, la idea es la que es dueña del hombre. La idea, padre mío, es hija de Dios, y Dios la ha dado para cumplir su obra inmensa á los hombres como instrumentos.

Escuchad bien esto, padre mío; á veces suelo ser obscuro.

Á través del período de los tiempos, un solo sol destella, iluminando á los hombres que han hecho de él su Dios.

Vedle nacer donde nace el día; allí donde está la idea está la luz; en todo lo demás, noche y sombra.

Cuando la idea apareció más allá del Ganges, y se alzó detrás de la cadena del Himalaya iluminando aquella tradición primitiva de la que sólo la tradición conservamos, aquellas antiguas ciudades de las que sólo las ruinas conocemos, sus llamas radiaron en su derredor é iluminaron, no sólo la India, sino también las naciones vecinas.

Sólo que la intensidad de la luz, sólo estaba allí, donde estaba la idea.

El Egipto, la Arabia, la Persia estaban en la penumbra; el resto del mundo en la obscuridad. Atenas, Roma, Cartago, Córdoba, Florencia, y París, esas hogueras del porvenir, esos faros futuros no habían aún salido de la tierra, y se ignoraba hasta su nombre.

Cumplió la India su obra de civilización patriarcal.

Aquella madre del género humano, que había tomado por símbolo la vaca de inagotables pechos, pasó su cetro al Egipto, á sus cuarenta nombres, á sus trescientos treinta reyes, á sus veintiseis dinastías. Se ignora lo que había durado la India; el Egipto duró tres mil años.

Ella produjo la Grecia.

Después del gobierno patriarcal, el gobierno teocrático; después el gobierno republicano.

La sociedad antigua había llegado á la perfección pagana.

Después vino Roma.

Roma, la ciudad privilegiada, en que la idea debía hacerse hombre y reinar sobre el porvenir.

— Padre mío, inclinemos nuestra frente: voy á pronunciar el nombre del justo que murió, no sólo por los justos que debieran morir después de él, sino también por los culpables: voy á pronunciar el nombre de Cristo.

Mr. Sarranti inclinó la frente: Domingo se santiguó.

— Padre mío, continuó, en el momento en que el justo lanzó su último grito, rugió el trueno, el velo del templo se desgarró, se entreabrió la tierra.

Esta grieta, que se extendió de polo á polo, fué el abismo que separó el mundo antiguo del nuevo.

Todo iba á principiar de nuevo, todo á rehacerse: hubiérase creído que Dios, el infalible, se había engañado, si de trecho en trecho, como faros alumbrados con su propia luz, no se reconociera á esos grandes precursores, que se llaman Moisés, Esquilo, Platón, Sócrates, Virgilio y Séneca.

La idea había tenido antes de Jesucristo su nombre antiguo: *Civilización*.

Después de Jesucristo tuvo su nombre moderno: *Libertad*.

En el mundo pagano, la libertad no era necesaria á la civilización.

Véase la India, el Egipto, la Arabia, la Persia, Grecia y Roma.

En el mundo cristiano sin libertad no hay civilización.

Véase caer á Roma, Cartago, Granada, y nacer al Vaticano.

— Hijo mío, preguntó Mr. Sarranti, ¿ el Vaticano es también el templo de la libertad ?

— Lo fué al menos hasta Gregorio VII. ¡ Ah padre mío ! al llegar aquí, preciso es separar de nuevo al hombre de la idea ; la idea que se escapa de las manos del papa y pasa á las de Luis el Gordo, que acaba lo que Gregorio ha comenzado.

La Francia va á continuar la obra de Roma.

En esa Francia que apenas balbucea la palabra *Municipio* ; en esa Francia en que la lengua se forma, en la que la servidumbre va á su vez á ser abolida ; en esa Francia es en donde desde hoy van á debatirse los destinos del mundo.

Roma no conserva más que el cadáver de Cristo ; Francia tiene su palabra, su verbo, su alma.

¡ La idea !

Vedla surgir bajo el nombre de *municipio*.

*Municipio*, es decir, derechos del pueblo, democracia, libertad.

¡ Oh padre mío ! los hombres pretenden que gastan las ideas, y por el contrario, la idea es quien gasta á los hombres.

Escuchadme, padre mío, porque en el momento en que sacrificáis vuestra vida á vuestra creencia, preciso es hacer brotar la luz alrededor de esa creencia, para que veáis bien si la llama encendida por vos os ha guiado adonde queríais ir.

— Escucho, respondió Mr. Sarranti apoyando su mano sobre su frente como para impedirle que estallase ante la Minerva que sentía agitarse armada bajo la bóveda de su cerebro.

— Los acontecimientos difieren, continuó Domingo, pero la idea es la misma.

Después del municipio vienen las *Pastorales*; después de las *Pastorales*, la *Jacquerie*; después de la *Jacquerie*, los *Maillotins*; después de los *Maillotins*, la *Guerra del bien público*; después de la *Guerra del bien público*, la *Liga*; después de la *Liga*, la *Fronda*; después de la *Fronda*, la *Revolución francesa*.

Y bien, padre mío, todas esas revueltas con distintos nombres, Municipio, *Pastorales*, *Jacquerie*, *Maillotins*, *Guerra del bien público*, *Liga*, *Fronda*, *Revolución* es la idea siempre, la idea que se transforma, pero que en cada transformación se engrandece.

La gota de sangre que cae de la lengua del primer hombre que grita: Municipio (*Commune*) en la plaza pública de *Cambrai*, y á quien se le corta la lengua como á un blasfemo, esa gota de sangre es el manantial de la democracia.

Manantial al pronto, después arroyo, después torrente, después río, después lago, después océano.

Ahora, padre mío, veamos navegar por ese océano ese piloto, elegido del Señor, á quien llaman Napoleón el Grandé.

Mr. Sarranti, que nunca había oído semejantes palabras, se recogió en sí mismo y escuchó.

Domingo continuó en estos términos:

## CAPÍTULO VIII.

CÉSAR, CARLOMAGNO, NAPOLEÓN.

— Tres hombres, continuó, tres elegidos, habían sido escogidos de antemano en el pensamiento del Señor para ser los instrumentos de *la idea*, y para construir, como él lo entendía, el edificio del mundo cristiano.

Estos tres hombres son César, Carlomagno y Napoleón.

Y observad, padre mío, que cada uno de estos tres hombres ignora lo que hace, y parece pensar justamente en lo contrario de lo que ejecuta.

César pagano, prepara el cristianismo.

Carlomagno, bárbaro, prepara la civilización.

Napoleón, déspota, prepara la libertad.

Estos tres hombres vienen á ochocientos años de distancia uno de otro.

Padre mío, estos son tres aspectos humanos diferentes, pero es la misma alma quien los anima: ; *la idea!*

César, pagano, reúne por medio de la conquista en un solo haz á los pueblos, á fin de que sobre esta gavilla de hombres se levanta Cristo, sol fecundador del mundo moderno, y bajo el sucesor de César, Cristo se levanta.

Carlomagno, bárbaro, establece el feudalismo, ese padre de la civilización, y rompió contra las barreras de su vasto imperio la emigración de los pueblos más bárbaros aún que él.

Napoleón... permitidme, padre mío, que respecto á Napoleón desenvuelva más ampliamente mi teoría. No son

palabras vanas las que os digo, y espero que ellas me conducirán al objeto á que aspiro.

Cuando Napoleón, ó más bien Bonaparte, porque el gigante tiene dos nombres, como presenta dos fases; cuando Bonaparte apareció, la Francia había sido lanzada por la revolución tan á distancia de los demás pueblos, que había roto el equilibrio de las naciones. Era preciso un Alejandro á aquel bucéfalo, un Androcles á aquel león.

Bonaparte se presentó con su doble naturaleza, popular y aristocrática, frente á frente de aquella loca libertad, á quien era preciso encadenar para curarla.

Bonaparte está más atrás que *la idea*, en Francia, pero más adelantado que las ideas de los demás pueblos.

Los reyes no vieron lo que había en él: los reyes á veces son ciegos.

Los insensatos le declararon la guerra.

Entonces Bonaparte, el hombre de *la idea* tomó lo que en Francia había de más puro, de más inteligente, de más progresivo entre sus hijos; formó batallones, batallones sagrados que esparció sobre Europa. Por todas partes, estos batallones de *la idea* llevan la muerte á los reyes, la vida á los pueblos: por todas partes por donde pasa el espíritu de Francia, la libertad da, á consecuencia de ello, un paso agigantado, arrojando al viento las revoluciones, como el labrador arroja la semilla.

Napoleón cae en 1815, y ya la mies que ha preparado está en ciertos puntos madura.

Así que, en 1818, recordad las fechas, padre mío, los grandes ducados de Baden y de Baviera piden una Constitución, y la obtienen.

En 1819 el Wurtemberg reclama una Constitución, y la obtiene.

En 1820, revolución y Constitución de los reinos de España y Portugal.

En 1820, revolución y Constitución de Nápoles y del Piamonte.

En 1821, insurrección de los griegos contra la Turquía.

En 1822, institución de los estados en Prusia.

El hombre está prisionero, el hombre está encadenado sobre la roca de Santa Elena.

El hombre ha muerto, el hombre ha descendido al sepulcro, el hombre reposa bajo una piedra sin nombre.

Pero *la idea* es libre, *la idea* le sobrevive, *la idea* es inmortal.

Una sola nación, una sola, por su posición topográfica, había escapado á la influencia progresiva de la Francia, demasiado alejada como estaba para que pensásemos en poner el pié en su territorio.

Napoleón sueña la destrucción de los ingleses en la India, por su unión forzada con la Rusia.

Á fuerza de fijar la vista en Moscow, acaba por habituarse á la distancia: la distancia desaparece poco á poco por un efecto de óptica, sublime é insensato á la vez. Un pretexto, y conquistaremos la Rusia, como hemos conquistado la Italia, el Egipto, la Alemania, el Austria y la España (1). El pretexto no faltará, como en el tiempo de las Cruzadas en que íbamos á conquistar la civilización del Oriente. Dios lo quiere; llevaremos la libertad al Norte. Un navío inglés entra en el puerto de no sé qué ciudad del Báltico, y hé aquí declarada por Napoleón la guerra al

(1) Permitanos Mr. Alejandro Dumas disentir de su opinión en este punto respecto á España. Nuestra nación pudo llegar á verse dominada por más ó menos tiempo, y aun esto en parte; pero conquistada, nunca.

hombre que dos años antes, al inclinarse ante él, se aplicaba este verso de Voltaire :

La amistad de un grande hombre es un beneficio de los dioses.

Y sin embargo, parece á primera vista que la previsión divina cede ante el instinto despótico del hombre. La Francia entra en Rusia, pero la Rusia retrocede ante la Francia ; la libertad y la esclavitud no se pondrán en contacto.

Ninguna semilla germinará en esta tierra helada ; porque ante nuestros ejércitos, no sólo retrocederán los ejércitos, sino también las poblaciones enemigas. Es un pais desierto el que invadimos ; es una capital incendiada la que cae en nuestras manos. Y cuando entramos en Moscow, Moscow está vacío, Moscow es presa de las llamas.

La misión de Napoleón se ha cumplido : el momento de su caída ha llegado, porque la caída de Napoleón va á ser tan útil á la libertad, como lo fué la elevación de Bonaparte. El Czar, tan prudente ante el enemigo vencedor, tal vez será imprudente ante el enemigo vencido. Había retrocedido ante el enemigo vencedor ; vedle, padre mio, vedle que se apresta á perseguir al fugitivo.

Dios retira su mano de Napoleón. Desde hacia tres años, su buen genio, Josefina, no se había alejado de él para hacerle lugar á María Luisa, la encarnación del despotismo. Dios retira su mano á Napoleón, y parece que la divina intervención en las cosas humanas sea esta vez más visible ; no son ya los hombres quienes combaten á los hombres ; el orden de las estaciones ha sido trastornado, invertido ; la nieve y el frío llegan á marchas forzadas, y son los elementos los que destruyen el grande ejército.

Y hé aquí que llegan y se realizan las cosas previstas por la sabiduría del Señor. París no ha podido llevar la

civilización á Moscow ; Moscow vendrá á buscarla á París.

Dos años después del incendio de su capital, Alejandro entrará en la nuestra.

Pero su estancia en ella será de corta duración ; sus soldados no han hecho más que tocar el suelo de la Francia. Nuestro sol que debía iluminarles, les ha deslumbrado.

Vuelve Dios á llamar á su elegido ; Napoleón reaparece ; el gladiador entra en la arena, combate, cae, y tiende su garganta en Waterloo.

Entonces Paris abre sus puertas al Czar y á su salvaje ejército. Esta vez, la ocupación retendrá tres años en las orillas del Sena á los hombres del Newa, del Volga y del Don : después, impregnados de ideas nuevas y extrañas, balbuceando los nombres desconocidos de civilización, de franquicias, de libertad, volverán á su pais salvaje, y ocho años después estallará en San Petersburgo una conspiración republicana.

Volved los ojos hacia la Rusia, padre mio, y veréis el hogar de ese incendio humeante todavía sobre la plaza del Senado.

Padre mio, vos habéis consagrado vuestra vida al hombre *idea* : el hombre ha muerto : *la idea vive*.

Vivid á vuestra vez para *la idea*.

— ¿ Qué dices, hijo mio ? exclamó Mr. Sarranti mirando á Domingo con ojos en que se pintaba á la vez la admiración, la alegría, la sorpresa y el orgullo.

— Digo, padre mio, que después de haber combatido tan valerosamente, no querréis morir antes de haber oido sonar la hora de las independencias futuras. Padre mio, el mundo se agita, la Francia está en erupción como una montaña volcánica : algunos años todavía, algunos meses tal vez, y la lava saldrá del cráter, arrasando á su paso,

como ciudades malditas, todas las servidumbres, todas las bajezas de una sociedad condenada á hacer lugar á una nueva sociedad.

— Repite esas palabras, Domingo, exclamó el corso entusiasmado, cuyos ojos brillaron de alegría al salir de boca de su hijo aquellas proféticas y consoladoras palabras, tan preciosas para él como un rocío de diamantes; repite esas palabras; formas parte de alguna sociedad secreta, ¿no es verdad? ¿sabes la palabra del porvenir?

— No formo parte de ninguna sociedad secreta, padre mío; y si sé la palabra del porvenir, es porque la he leído en el pasado. Ignoro si se trama algún complot en la obscuridad; pero lo que sé es que una conspiración poderosa está germinando á vista de todos, á la faz del sol; es la conspiración del bien contra el mal, y los dos combatientes se hallan uno enfrente del otro: el mundo espera.

Vivid, padre mío, vivid.

— Sí, Domingo, exclamó Mr. Sarranti alargando su mano á su hijo; tienes razón; ahora deseo vivir; pero ¿cómo, cuando estoy sentenciado?

— Padre mío, eso me concierne á mí.

— Nada de gracia; óyelo bien, Domingo. No quiero recibir nada de esos hombres que durante veinte años han combatido contra la Francia.

— No, padre mío; confiad en mí; sabré conservar ileso el honor de la familia. Sólo os pido una cosa, y es, que apeléis; un inocente no necesita pedir gracia.

— ¿Cuáles son pues tus proyectos?

— Padre mío, á vos, como á los demás, debo callarlos.

— ¿Es un secreto?

— Profundo, inviolable.

— ¿Aun para tu padre, Domingo?

Domingo cogió la mano de su padre, y la besó respetuosamente.

— Aun para mi padre, dijo.

— No hablemos más de esto. ¿Cuándo te volveré á ver, hijo mío?

— Dentro de cincuenta días: tal vez antes, pero nunca después.

— ¿Que no te volveré á ver hasta dentro de cincuenta días? dijo Mr. Sarranti con terror.

Empezaba á temer la muerte.

— Emprendo á pie una larga peregrinación; permitidme que me despida, padre mío: partiré esta tarde, dentro de una hora, para no detenerme hasta mi vuelta. Bendecidme, padre mío.

Un sentimiento de sublime grandeza iluminó el rostro de Mr. Sarranti.

— ¿Que Dios te acompañe durante tu piadosa peregrinación, alma noble! dijo extendiendo sus manos sobre la cabeza de su hijo; que él también te preserve de emboscadas y traiciones, y que te devuelva sano y salvo para abrir la puerta de mi prisión, bien esta puerta deba conducirme á la vida ó á la muerte.

Después, cogiendo entre sus manos la cabeza de su hijo arrodillado, la miró con orgullosa ternura, con suprema vanidad, y besándole en la frente, le hizo seña de que saliera, por temor sin duda de que las emociones de su corazón no se exhalasen en suspiros y sollozos.

Por su parte, Domingo, que sentía desfallecer sus fuerzas, se volvió para ocultar á su padre la vista de las lágrimas que brotaban de sus ojos, y salió precipitadamente.

## CAPÍTULO IX.

## EL PASAPORTE.

Las cuatro daban en el momento en que Domingo ponía el pie fuera de la Conserjería.

Lo que nos ha ocupado tres días en relatarlo, había pasado en una hora.

En la puerta halló á Salvador.

El joven vió la turbación del monje; comprendió lo que pasaba en su alma, y que hablarle de su padre seria renovar su herida. Así que, no le dijo más que estas palabras:

— ¿Y ahora qué pensáis hacer?

— Marcho á Roma.

— ¿Cuándo?

— Lo más pronto posible.

— ¿Necesitaréis un pasaporte?

— Mi traje tal vez me serviría; pero no importa; para no sufrir retraso sacaré uno.

— Vamos á buscar un pasaporte; estamos á dos pasos de la prefectura, y gracias á mí, creo que no nos harán esperar mucho tiempo.

Cinco minutos después entraban en el patio de la prefectura.

En el momento en que pasaban el umbral de la puerta, un hombre tropezó con ellos.

Salvador reconoció á Mr. Jackal.

— Perdonad, Mr. Salvador, dijo el polizone recono-

ciendo al joven; esta vez no os pregunto á qué debo el placer de veros.

— ¿Y por qué no me lo preguntáis, Mr. Jackal.

— Porque lo sé.

— ¿Sabéis lo que me trae aquí?

— ¿No es mi oficio saberlo todo?

— ¿Entonces vengo aquí, mi querido Mr. Jackal?...

— En busca de un pasaporte, mi querido Salvador.

— ¿Para mí? preguntó riendo Salvador.

— No; para el señor, replicó designando á Domingo.

— Estamos á la puerta de la oficina: el hermano Domingo está conmigo; sabéis que mi oficio me retiene en Paris; no es pues difícil adivinar que vengo á buscar un pasaporte, y que este pasaporte es para este señor.

— Sí; pero lo que era más difícil era haber previsto vuestro deseo.

— ¡Ah! ¿Y lo habéis previsto?

— En cuanto ha sido posible á mi pobre perspicacia el preverlo.

— No comprendo.

— ¿Queréis darme el gusto de seguirme con ese caballero? Tal vez entonces comprenderéis.

— ¿Adónde queréis que os sigamos?

— Á la sala donde se extienden los pasaportes. Allí encontraréis extendido ya el que venís á buscar.

— ¡Extendido ya! dijo Salvador con aire de duda.

— ¡Oh! ¡si! respondió Mr. Jackal dando á su rostro aquel tinte de hombría de bien, que tan perfectamente sabía tomar.

— ¿Y hasta con las señas?...

— Hasta con las señas; sólo debe faltar la firma del interesado.

Habían llegado delante de la mesa del fondo que da frente á la puerta.

— El pasaporte de Mr. Domingo Sarranti, dijo Mr. Jackal al jefe de la mesa.

— Aquí está, respondió éste alargando el pasaporte á Mr. Jackal, quien lo entregó á Domingo.

— Está bien, ¿no es verdad? continuó Mr. Jackal, en tanto que Domingo dirigía al papel una mirada de admiración.

— Sí, señor, respondió éste; está en regla.

— Pues bien, dijo Salvador, sólo nos resta ya hacerlo visar por el nuncio.

— Es cosa fácil, dijo Mr. Jackal tomando un gran polvo y aspirándolo con voluptuosidad.

— Es un verdadero servicio el que nos habéis hecho, Mr. Jackal, dijo Salvador, y no sé cómo probaros mi reconocimiento.

— No hablemos de esto: los amigos de nuestros amigos son también amigos nuestros.

Y Mr. Jackal pronunció estas palabras con tal movimiento de hombros, con tal acento de hombre de bien, que Salvador no pudo menos de mirarle dudando.

Había momentos en que casi estaba tentado á tomar á Mr. Jackal por un filántropo que ejercitaba su oficio de polizone por amor á la humanidad.

Pero justamente en aquel momento Mr. Jackal le dirigía una mirada oblicua que atestiguaba su parentesco con el animal cuyo nombre llevaba.

Haciendo pues seña á Domingo de que le esperase:

— Dos palabras, Mr. Jackal, le dijo.

— Cuatro, seis, un vocabulario entero, si queréis, Mr. Salvador. Tengo un placer en hablar con vos, y

cuando llego á gozar de ese placer, quisiera que no acabara nunca.

— Sois demasiado bueno, dijo Salvador.

Y á pesar de su repugnancia interior por aquella especie de compañerismo, tomó el brazo del polizone.

— Vamos, querido Mr. Jackal, dijo, decidme dos cosas.

— Con mucho gusto.

— ¿Con qué intención habéis preparado ese pasaporte?

— ¿Es la primera de las dos cosas que me tenéis que preguntar?

— Sí.

— Pues con la intención de seros agradable.

— Gracias. Pero ¿cómo habéis sabido que me agradaría el que me preparaseis un pasaporte á nombre de M. Sarranti?

— Porque Domingo Sarranti es vuestro amigo; y así al menos lo he creído desde el día en que lo habéis hallado junto al lecho de Mr. Colombán.

— Muy bien. ¿Pero cómo habéis adivinado que iba á hacer un viaje?

— No lo he adivinado: lo ha dicho él mismo á S. M. al pedirle una prórroga de cincuenta días.

Pero él no ha dicho á S. M. adónde iba.

— ¡Miren qué gran cosa! Mr. Domingo Sarranti pide un plazo de cincuenta días al rey para hacer un viaje de trescientas cincuenta leguas. Ahora bien: ¿cuánto hay de París á Roma? Mil trescientos kilómetros, por el camino de Siena; mil cuatrocientos por el de Perusa; el término medio pues son trescientas cincuenta leguas. ¿Qué tiene que hacer Mr. Sarranti en las circunstancias en que se encuentra? Ver al papa, porque es fraile; el papa es el rey de

los frailes, y va á Roma para interesar al rey de los frailes, á fin de que éste solicite el perdón de su padre del rey de Francia. Hé aquí todo, mi querido Mr. Salvador. Podría dejaros creer que soy mágico; pero prefiero deciros la verdad. Ya veis ahora que cualquiera, de deducción en deducción, hubiera sacado esta consecuencia tan fácilmente como yo. Vuestro amigo pues no tiene ya que hacer más que darme las gracias en vuestro nombre y en el suyo, y partir después para Roma.

— Pues bien, dijo Salvador, eso es lo que va á hacer.

Y llamando al monje, le dijo:

— Mi querido Domingo, aquí tenéis á Mr. Jackal dispuesto á recibir las gracias.

Domingo se acercó, dió las gracias á Mr. Jackal, que recibió los cumplimientos de Domingo con el mismo gesto de hombría de bien de que habia estado revestido durante toda esta escena.

Los dos amigos salieron de la prefectura.

Anduvieron unos cien pasos en silencio.

Á los cien pasos, Domingo se detuvo y colocó su mano sobre el brazo de Salvador, que también iba pensativo.

— Estoy inquieto, amigo mío, dijo.

— Y yo también, respondió Salvador.

— La previsión de ese polizone no es natural.

— Tampoco á mí me lo parece. Pero continuemos nuestro camino, porque probablemente seremos seguidos y espiados.

— ¿Qué interés pueden tener en facilitar así mi viaje? preguntó Domingo obedeciendo la anterior observación de Salvador.

— No sé: pero creo como vos, que algo le ha movido á hacerlo.

— ¿Creéis vos en lo que ha dicho de su deseo de agradaros?

— ¡Phs!... posible es en un hombre tan original y que tiene á veces, sin saber por qué ni cómo, sentimientos que no corresponden á su oficio. Una noche que yo volvía atravesando los barrios más apartados y las calles más extraviadas, en una de esas calles que no tienen nombre, ó que si lo tienen lo tienen siniestro, oí al final de la calle de la Tuerie, cerca de la de la Vieille-Lanterne, gritos ahogados. Siempre voy armado, ya debéis comprender el por qué, y me dirigí hacia el sitio de donde parecían salir los gritos. Vi, desde lo alto de la escalera viscosa que conduce desde la calle de la Tuerie á la de la Vieille-Lanterne un hombre que luchaba rodeado de otros tres, los cuales trataban de arrastrarlo hacia el Sena.

No me tomé el trabajo de bajar la escalera, sino que deslizándome por bajo de la balaustrada, me dejé caer á la calle. Hallábame á dos pasos del grupo: uno de los que le componían se deslizó dirigiéndose hacia mí con el bastón levantado. En el mismo momento rodó por el suelo muerto de un pistoletazo. Al ruido producido por la detonación, y en vista de semejante espectáculo, los otros dos huyeron, y me encontré solo y frente á frente con aquel en cuyo socorro tan milagrosamente me habia enviado la Providencia.

Era Mr. Jackal.

Entonces sólo le conocía de nombre, como le conocía todo el mundo. Me dijo quién era y por qué se hallaba allí.

Debía verificar su registro en una mala posada que habia, en la calle de la Vieille-Lanterne.

Á algunos pasos de la escalera, y habiendo llegado un

cuarto de hora antes que sus agentes, se había ocultado junto á la reja de una alcantarilla, cuando abriéndose de pronto ésta se arrojaron tres hombres sobre él.

Estos tres hombres eran en cierto modo los delegados de todos los ladrones y asesinos de París, los cuales habian jurado deshacerse de Mr. Jackal, cuya vigilancia era un continuo azote para ellos.

Y en efecto, iban á cumplir su promesa y á desembarazarse de él, cuando por desgracia suya, y sobre todo para la del que quedó tendido á mis pies, llegué al socorro de Mr. Jackal.

Desde este día, Mr. Jackal me trata con cierta gratitud, y me hace á mi y á mis amigos todos esos pequeños favores que puede dispensarnos sin faltar á su deber de jefe de la policia de seguridad.

— Entonces, continuó Domingo, tal vez haya tenido en efecto el deseo de agradaros.

— Es posible; pero entremos en casa. ¿Veis ese borracho, que nos viene siguiendo desde la calle de Jerusalén? En cuanto nos halleemos al otro lado de la puerta, estoy seguro que se despabila.

Salvador sacó una llave del bolsillo, abrió la puerta de la calle, hizo entrar á Domingo el primero, y cerró la puerta detrás de sí.

## CAPÍTULO X.

## LA LETRA V.

Rolando había ya acariciado á su amo: los dos jóvenes hallaron al perro en el primer piso, y á Fresolina esperando á Salvador en la puerta de su habitación.

La comida estaba dispuesta, porque el tiempo había transcurrido con estos diversos acontecimientos, y eran ya más de las seis.

Aunque grave, el rostro de los dos hombres estaba tranquilo.

No había pasado realmente nada que fuera enfadoso.

Fresolina interrogó con la mirada á Salvador.

— Todo va bien, contestó éste semi-sonriendo.

— ¿Nos hace el honor de comer con nosotros fray Domingo? preguntó Fresolina.

— Sí.

Fresolina desapareció.

— Ahora, dadme vuestro pasaporte, hermano mío, dijo Salvador.

El monje sacó del pecho el pasaporte doblado.

Salvador le desdobló, lo examinó con cuidado, lo volvió y revolvió de todos lados.

Pero nada hallaba en él de sospechoso.

Por fin lo aplicó sobre un cristal.

Á través de la transparencia del papel, se dibujó una letra invisible en cualquiera otra posición que la en que el papel había sido colocado por Salvador.